

Rafa Fernández

En las fronteras de la fantasía



La mujer de Rafa: dama sin tiempo, en actitud expectante, en el umbral de un tiempo en reposo.

Rocío Fernández de Ulibarri

Se encuentran ustedes ante un hombre que ha vivido una pasión tormentosa de toda una vida con la pintura. Ha sido calificado de expresionista en sus inicios, de surrealista en la mitad del recorrido y de realista mágico en la plenitud de su vida. Pero a pesar de todo, Rafa Fernández se ha mantenido siempre fiel a la idea obsesiva de pintar un mundo sin tiempo, apretado de imaginación y fantasía. Su inquebrantable devoción le ha valido más que reconocimientos: un lugar demasiado importante, demasiado vigoroso en las artes plásticas del país.

Mayor espontaneidad en la mancha, un color más rico y mayor consistencia en el dibujo son algunas características de su última pintura. Pero ese estallido de colores fosforescentes que fortalece la atmósfera sugerente de sus cuadros al óleo también está presente en sus tizas-pastel. Porque Rafa Fernández expone nuevamente en San José, luego de hacerlo periódicamente en el extranjero con un éxito rotundo, una muestra de 18 pasteles, en la Galería Prisma.

Desde hace cuatro años, Rafa Fernández empezó a experimentar con tizas-pastel. Al principio deseaba analizar el color, estudiar más la composición y dominar otra técnica. Hoy, cada obra suya tiene un valor especial y propio, respaldada por una larga faena de bocetos.

Y de esa confrontación con otro recurso plástico, el artista ha logrado imponerse como lo ha hecho durante años con el manejo del óleo. Su exposición es el resultado de un trabajo laborioso de seis meses que no plantea una ruptura con su mundo mágico al óleo, sino una continuidad, un complemento.

“Esta técnica se liga cada vez más a la calidad de mis pinturas. Encuentro que hay una

gran plenitud en ellas. Es un trabajo muy serio”.

La serie de tizas-pastel la inició Rafa como una tarea de investigación, a principios de año. Obsesionado siempre por las situaciones mágicas y los ambientes poéticos, pretendía un mayor dominio del dibujo y un color más vigoroso. Al final comprendió que tenían el valor de una exposición y decidió mostrar su trabajo.

La Galería Prisma, ubicada 20 metros al este de la Embajada Argentina, en barrio La California, está a cargo de dos artistas a quienes Rafa Fernández profesa aprecio por la labor conjunta que desplegaron en el Parque de la Expresión. Los artistas Jorge Tamayo y Rodri-

go Brenes son los responsables de la galería y ahora, que Fernández renunció a la Dirección del Departamento de Artes Plásticas del Ministerio de Cultura, contarán con su apoyo en la programación de las exhibiciones.

Las tizas-pastel no son una novedad. Ya el artista ha expuesto en los Estados Unidos y vendido en Costa Rica con mucha aceptación.

“El día de mañana puede ser la serigrafía...El artista no debe atarse a un solo medio expresivo, sino buscar diferentes canales o técnicas para proyectar su mundo interior. A veces la gente duda sobre la permanencia de una obra sobre papel cuando se conser-

van con el mismo vigor de su origen pasteles de Toulouse Lautrec”.

Tres décadas vitales

Ni la poca edad ni la escasa experiencia fueron obstáculo para que Rafa Fernández luchara en los años 60, más tarde en los 70 y ahora en los 80 por alcanzar plenitud y madurez creadora.

De 1957 a 1959 estudió en La Casa del Artista con maestros como Dinorah Bolandi, Lucho Ranucci, Quico Quirós y Leonardo Tejada. Allí dio sus primeros pasos en el manejo del color, el sentido de la composición y el conocimiento de aspectos primarios que más tarde se concretarían en un mundo expresivo muy particular.

Por un tiempo pintó en Panamá y luego, en Costa Rica de nuevo, obtuvo una beca para estudiar en Nicaragua con Rodrigo Peñalba. “Era una escuela excelente, con método de taller pero mucha rigidez”.

De inicios de los 60 data una exposición en Honduras, un trabajo muy experimental y juvenil que oscilaba entre realismo y semiabstracto. Es más bien con su ingreso al grupo Taller, bajo el liderazgo de Manuel de la Cruz González, cuando Rafa Fernández fortalece los principios de su futura pintura. “Manuel nos enseñó de todo, a conocer todas las técnicas, pero sobre todo a investigar. En medio de una gran libertad, desarrollé mi imaginación hasta llegar a un campo intimista, cargado de sensaciones y situaciones mágicas”.

Pero antes de llegar a esa síntesis, a crear una iconografía propia, Rafa recorrió un buen trecho. Primero fueron sus figuras expresionistas alargadas, deformes, dentro de espacios grises, aunque desde entonces se perfilaban atmósferas dramáticas y poéticas que con el tiempo caracterizaron su obra como una

Pasa a la pág. 4

ANCORA

Número 632:

Coordinadora: Rocío Fernández de Ulibarri
Diagramación: Ricardo Kandler

En las fronteras de la ...

Viene de la pág. 3

pintura muy lírica.

Alejado del grupo Taller y con ayuda del artista Felo García, monta una exposición en la sala de Artes y Letras: una serie de cuadros de mucha textura que él llamó "mis monstruos". Su dramatismo y fuerza eran valientes y definitivos, el pintor no tenía ya miedo de representar lo que quería y hacerlo en formatos grandes.

Ya avanzados los años 70, el dibujo se fue fortaleciendo hasta llegar a un realismo lírico inspirado en el mundo plástico y mágico de Cien años de soledad, de García Márquez. De entonces datan sus figuras en levitación.

Pero Rafa comprendió que tenía la obligación de fortalecer su formación cultural. Entonces empezó a estudiar la pintura universal y latinoamericana. Era urgente obtener una visión más amplia de las artes plásticas.

Poco a poco sus mujeres —esa constante en su figurativismo mágico—, damas sin tiempo en actitud expectante, abandonaron las atmósferas sombrías para entrar en ambientes de colorido vibrante y sugerente. Porque al principio, la obra de Rafa, en camino de la madurez, era una pintura negra, tenebrosa, de contrastes de colores oscuros y pequeñas luces que irradiaban sus personajes. Sin embargo, desde hace cinco años, el pintor se convirtió en un colorista. "Manejo con alegría y plenitud el color", confiesa.

Aunque en una etapa no muy lejana Rafa le dio a la figura secundaria —el animal— un papel primordial, y de una actitud mística y lírica pasó a un juego erótico-mágico con una serie de gatos, esos elementos se diluyeron para dar paso a las aves que finalmente se posaron en las cabezas de sus mujeres, desplazando a su vez altos tocados fantásticos.

En un caso el gato como valor atávico, en otro el ave con tendencia a la abstracción, pero

siempre las mujeres como recurso estético, misterioso y poético, mágico y no terrenal. Es decir, Rafa sigue fiel a esas atmósferas oscuras, obsesivas e inconscientes, a un mundo fantástico. Sólo que ahora su brocha es más vigorosa y espontánea y su color más atrevido.

En sus tizas-pastel también hay vigor y dramatismo, así como poesía. En ellas vuelve a incluir la fiesta de la tauromaquia con su belleza espectacular y su cercanía a la muerte, sus personajes líricos rodeados de animales en el césped y, por primera vez, el paisaje.

Estamos frente a un ilusionista que ha dedicado 30 años de su vida a gozar el placer intenso de pintar, y que lo demuestra con una obra plena de madurez.

